

EL PERROFLAUTA
Drama en cuatro actos

Cesar Peña
EL PERROFLAUTA
Drama en cuatro actos



El perroflauta
por Cesar Peña
se encuentra bajo una
LICENCIA CREATIVE COMMONS
Atribución-NoComercial-SinDerivadas 3.0

El perroflauta

© Cesar Peña, 2011

A Tor y a Diana.

*A todas las personas
que desde el 15 de mayo de 2011
se han movilizadado sin miedo,
enarbolando la bandera de la libertad
y de la solidaridad humana.*

*En este mundo injusto e insolidario
solo los gilipollas son felices.*

Esta obra de teatro se compone de cuatro actos, pero tiene una salvedad: hay dos versiones del último acto. Cuando acaba el cuarto acto baja el telón, como si la obra hubiera terminado. Transcurridos unos segundos, vuelve a subir el telón para que sea interpretado el acto final denominado «alternativo». Si alguna compañía o grupo de teatro optase por representar la obra con un único final, es voluntad del autor que sea con el alternativo.

NUESTRA PRIMAVERA

La Puerta del Sol está llena de color, de alegría, de vida. Ha dejado de ser ese espacio muerto, ese no-lugar pensado para las mercancías, los coches, las lonas publicitarias y el consumo. De la noche a la mañana se ha convertido en un oasis repleto de improvisadas jaimas, de esas gentes nómadas que anuncian que esta primavera será, para siempre, la que frenó el avance del desierto.

En el centro del Estado, en el centro del templo del consumo, en el centro de un poder, agazapadas, han aparecido multitudes, miles de brotes, periferias que llevaban años mascullando desasosiego, frustración, miedo, desesperanza, resignación.

Frente a la violencia de la policía han opuesto el propio cuerpo y han levantado las manos: «¡Estas son nuestras armas!», han gritado. Ante el primer desalojo, alevoso y premeditado, ante la intimidación y la amenaza, han surgido voluntades valientes, desafiantes, insumisas: «¡Un desalojo, otra ocupación!», han coreado incansables. Ante la amenaza constante de las leyes, los tribunales y los medios masivos de desinformación, la inteligencia colectiva, el ardor popular y la apuesta inquebrantable por un futuro digno de ser vivido lo ha tenido muy claro: «¡No nos moverán!»

No busquéis líderes, no pretendáis rentabilizarnos, no os devanéis los sesos intentando comprender qué pasa aquí: simple y llanamente, estamos en marcha.

A vosotros os decimos, especialmente a los partidos políticos corruptos y a los sindicatos sumisos: nos hemos cansado de las promesas y de las mentiras. Nos hemos cansado de estar en silencio, aborregados, indefensos. Nos hemos hartado de vuestra violencia: la del mercado, la del trabajo precario, la de los malos tratos. Nos habéis engañado, nos habéis robado; os habéis entregado a los especuladores y a los mercaderes, y habéis dejado al pueblo exangüe, asaetado a impuestos, atemorizado por los bancos, desahuciado.

Habéis pretendido despojarnos de nuestra dignidad, de nuestra autonomía. Vosotros, que habéis renunciado a un proyecto social libertario, nos queréis convertir en el combustible que mantenga esta abominable máquina de administrar violencia, dolor y sufrimiento. Nos habéis hecho súbditos de un rey heredado del franquismo; de un sátrapa que lleva treinta años disfrutando de una posición privilegiada que nadie se atreve a cuestionar: ¿qué hacemos con nuestro Ben-Alí, con nuestro Mubarak?

Nos habéis dejado en manos de los militares, que están arruinándonos con un gasto militar injustificable y a todas luces innecesario. Nos habéis oprimido con infinitas reformas laborales, con códigos penales cada vez más punitivos, con leyes de extranjería que tratan a las personas peor que a los animales. Entendéis las relaciones internacionales en clave de guerra: colonialismo, masacres, destrucción, aniquilamiento de formas de vida y de la naturaleza. Habéis envenenado el aire, el agua, la tierra, con la avaricia de los empresarios, con vuestra voracidad, con vuestras prebendas. Habéis creado un sistema perfecto para satisfacer vuestros más bajos instintos.

Queremos una nueva constitución, pero que no sea una mera declaración de intenciones. La libertad, la justicia y

la igualdad es lo que propugnamos. Nos sentimos libres: se acabó la servidumbre voluntaria.

Queremos que se haga justicia, sí, con vuestros atropellos, con vuestras tropelías, y al contrario que vosotros, aboliremos la pena de muerte, esa que en tiempos de guerra aún permanece vigente en la Constitución española. Nos sentimos iguales en las diferencias: iguales para crear un mundo diferente. No nos conformamos con invertir el orden. No se trata de poner encima a quienes están abajo, sino de darle la vuelta a este mundo como a un calcetín. Es ahí donde nos reconocemos con nuestros iguales: en la ilusión de un mundo mejor, un mundo que da de sí lo suficiente para tener una vida agradable y feliz para todos los habitantes del planeta; un mundo que abomina del dinero, de la acumulación, la avaricia, la zafiedad, la estulticia. Un mundo que debe colocar los intereses reales por encima de intereses espurios. Vuestra crematística se convertirá en una economía de lo imprescindible, y para conseguirlo se buscará la implicación de todos y todas, sin delegar en expertos: ¡viva el apoyo mutuo!

Nos acordamos de todas aquellas personas que sufrieron, de esos magníficos padres, madres, abuelas y abuelos que lucharon por dejarnos un mundo más justo. A todas ellas, a todos ellos, a quienes viven y a quienes murieron, a quienes se exiliaron, a quienes fueron injustamente encarcelados y a quienes fueron asesinados impunemente: vaya por delante nuestro agradecimiento y nuestro orgullo de ser ese porvenir que soñaron.

Nos habéis atiborrado de mercancías, de antidepresivos y de ilusiones imposibles de ser cumplidas. Nos habéis hecho creer en el éxito y todo lo que estabais dispuestos a concedernos era un rotundo fracaso. Habéis fracasado vosotros, que habéis renunciado a la felicidad, a la amistad, a la vida tranquila, al amor, al disfrute de la naturaleza. Os

maldecimos, sí, porque vuestros cantos de sirena nos han mantenido absortos, tanto que si nos descuidamos nos arrebatáis lo que con tanto sacrificio y tantas muertes costó conseguir: los derechos no se mendigan, se conquistan. Ahora no os pedimos las migajas, lo queremos todo.

¿Pluralismo político? No nos hagáis reír. La pluralidad de vuestra mismidad es lo que ha colmado nuestro vaso: se acabaron los sueldos de miles de euros mientras al resto nos cuesta llegar a fin de mes. Se acabaron las pensiones vitalicias, mientras para el resto tan solo está la promesa – imposible de ser cumplida, una vez más, si ni siquiera hay donde vender el pellejo– de tener que estar cotizando toda una vida para lograr una pensión ridícula. Se acabó dejar a las mujeres, a nuestras abuelas, madres y compañeras, que con tanto cariño se dedicaron a nuestros cuidados, pero que no cotizaron, con unas miserables pensiones de viudedad.

Se acabó aquello de que tengan que pagar impuestos quienes menos tienen y que los mismos sirvan para sufragar las guerras, para rescatar a los bancos, para tanto dispendio socialmente inútil. Se acabaron vuestros gastos de representación, vuestras dietas, vuestras vacaciones de lujo, vuestros escoltas, vuestros coches blindados, vuestras tarjetas de crédito, vuestros regalos navideños, vuestros gastos en prostitutas. Se acabaron vuestros salarios desorbitados, se acabó que accedáis a la política con el único requisito de no tener escrúpulos. Se acabó vuestro absentismo; se acabó la carta en blanco que se os ha otorgado cada cuatro años; se acabaron los oscuros negocios que tenéis a la vez que ostentáis un cargo público.

¿Estáis pensando declarar los estados de alarma, excepción o sitio? Nos da igual, ya no os obedecemos, ya no os tenemos miedo, ya no nos creemos vuestras falacias.

La Historia no ha terminado: bebe de un pasado glorioso de lucha, de alegría, de imaginación. La Historia está pasando: en cada plaza, en cada corazón, en cada cuerpo que siente que ha llegado el momento de poner en marcha la revolución, porque la vida puede ser maravillosa.

Anónimo
20 mayo 2011

PERSONAJES

EL ABUELO
EL PERROFLAUTA (Antonio)
EL POLICÍA (Luis)
EL SINDICALISTA (Roberto)
MANIFESTANTE 1
MANIFESTANTE 2
MANIFESTANTE 3
MANIFESTANTE 4
ANTIDISTURBIOS 1
ANTIDISTURBIOS 2
ANTIDISTURBIOS 3
ANTIDISTURBIOS 4
SANITARIO 1
SANITARIO 2
WOODY (perro)

ACTO PRIMERO

Salón comedor unido a la cocina. El aspecto general es humilde. Hay una alacena, un aparador, una mesa camilla y cuatro sillas. En el aparador hay un aparato de música antiguo, de los años ochenta. De las paredes cuelgan carteles reivindicativos. Hay una ventana que da a la calle. Sobre la mesa hay una botella de vino, una jarra de agua y un vaso. En un extremo de la escena hay un perro adormilado, recostado en una cesta o colchoneta para perros. Se escucha música de contenido revolucionario (por ejemplo rock radical).

(Al levantarse el telón vemos a un anciano, el ABUELO, de una edad entre 80 y 90 años, sentado a la mesa, enfrascado en la lectura de un periódico. En la cocina se encuentra un joven de unos 25 años, el PERROFLAUTA, preparando el desayuno. Tiene aspecto descuidado, aunque limpio; por ejemplo: pelo largo revuelto, sin afeitarse, vestido con unos pantalones vaqueros caídos, una camiseta oscura y unas chanclas. De un bolsillo trasero sobresale una flauta dulce.)

PERROFLAUTA.—Tengo el desayuno preparado, abuelo. (Dice mientras se dirige a la mesa con una bandeja con dos tazones con leche y café, un paquete de galletas, un azucarero y dos cucharas.)

ABUELO.—Gracias, hijo. (El abuelo no levanta la vista del periódico.)

PERROFLAUTA.—De nada, abuelo. (El chico deposita la bandeja sobre la mesa y coloca los tazones en ambos extremos de la misma. Apaga la música y se sienta. Empieza a desayunar.)

(El ABUELO aparta el periódico, se echa azúcar y mueve el café, luego come galletas.)

ABUELO.—Estas galletas son deliciosas.

PERROFLAUTA.—Me alegra que te fijes en lo que comes.

ABUELO.—Generalmente me fijo.

PERROFLAUTA.—No sueles hacer ningún comentario sobre las comidas que te pongo.

ABUELO.—Eso no quiere decir que no me dé cuenta de lo que cocinas. Si está bueno o malo.

PERROFLAUTA.—Eso espero, mi trabajo me cuesta.

ABUELO.—Ya lo sé, Antonio. Te agradezco lo que haces por mí.

PERROFLAUTA.—No me tienes que agradecer nada, abuelo.

ABUELO.—Me cuidas.

PERROFLAUTA.—Nos cuidamos mutuamente.

ABUELO.—Eres un buen chico.

PERROFLAUTA.—Vamos, abuelo; no me hagas la pelota.

(El ABUELO se ríe y le revuelve el pelo.)

ABUELO.—Insisto, estas galletas de chocolate envician.

PERRO FLAUTA.—Sí, pero déjame alguna.

ABUELO.—¿Te han costado caras?

PERROFLAUTA.—No. Estaban en oferta.

ABUELO.—¿Vas a trabajar hoy?

PERROFLAUTA.—Sí, tengo turno de mañana. Volveré por la tarde, después de hacer la compra.

ABUELO.—A ver si tienes suerte y encuentras un buen trabajo, te lo mereces.

PERROFLAUTA.—No dejo de buscar pero lo que tengo es lo mejor que he encontrado. Después de todo, no estoy mal en el supermercado, aunque paguen tan poco. El encargado es un buen hombre.

ABUELO.—¡Con los estudios que tienes; ¡Es una pena; ¡Tanto esfuerzo para nada!

PERROFLAUTA.—Ahora mismo es indiferente la preparación académica que tengas. El mercado laboral nos ha igualado, todos somos mercancía barata, abuelo.

ABUELO.—Te convendría cortarte el pelo y afeitarte.

PERROFLAUTA.—Cuando voy a una entrevista de trabajo me arreglo.

ABUELO.—Pues yo siempre te veo con las mismas pintas.

PERRO FALUTA.—¡Pareces mi madre!

ABUELO.—En todo caso, tu abuela.

(Los dos se ríen.)

ABUELO.—¡Menudo tiempo que os ha tocado vivir, hijo! Sois una generación condenada.

PERRO FLAUTA.—Igual que la tuya, abuelo, y la de mis padres. Nuestras vidas están frustradas desde el momento en que nacemos. El único valor que poseemos es el relacionado con nuestra capacidad productiva, con nuestra fuerza de trabajo. Más allá de eso no significamos mucho.

ABUELO.—A nosotros nos trataron como a animales. A unos los mataron, a otros los encarcelaron y al resto los encadenaron a vivir sordos y mudos.

PERROFLAUTA.—La historia se repite, abuelo.

ABUELO.—Sí, hijo. Nuestra derrota ha sido la desgracia de las generaciones que nos han seguido.

PERROFLAUTA.—No pudo ser.

ABUELO.—Lo perdimos todo: la esperanza en una sociedad más justa. Sin esperanza no merece la pena vivir.

PERROFLAUTA.—La Historia todavía no ha acabado, abuelo.

ABUELO.—Lo sé. Esa ilusión me ha permitido vivir desde el fin de la Guerra Civil. Me hizo soportar con dignidad la tortura, la cárcel, la pobreza y la disciplina de cuartel de la dictadura.

PERROFLAUTA.—Las ideas y el sentido común no mueren.

ABUELO.—Desde luego que no, hijo.

PERROFLAUTA.—El sentido común enseña que hay que acabar con este sistema, que cualquier otra opción es un parche inútil.

ABUELO.—Durante los dos primeros años de la guerra fui feliz porque creía que estábamos transformando el mundo.

PERROFLAUTA.—Y lo hicisteis. Fuisteis un ejemplo a seguir entre los trabajadores de muchos países. Miles de idealistas acudieron a España para luchar contra el fascismo.

ABUELO.—Lo intentamos, hijo. Apostamos la vida en ello. Todavía hoy se siguen desenterrando nuestros muertos, asesinados en cunetas anónimas. La guerra costó mucho. No podíamos ganar, estábamos preparados para morir por la libertad pero no teníamos medios para enfrentarnos a las fuerzas que estaban en nuestra contra.

PERROFLAUTA.—Lo teníais difícil.

ABUELO.—Ya lo creo. Además algunos querían salvar la República burguesa y otros hacer la revolución; eso nos dividió.

PERROFLAUTA.—Tú, ¿por qué luchabas?

ABUELO.—Yo era muy joven e idealista. Fundamentalmente era antifascista pero tenía claro que había que acabar con el capitalismo.

PERROFLAUTA.—¿El pueblo apoyaba la revolución?

ABUELO.—Entonces sucedía lo mismo que ahora, solo que la clase obrera estaba más concienciada de quiénes eran sus enemigos. El empuje revolucionario lo teníamos básicamente los anarquistas, y no todos. La mayoría de la gente quería mejorar sus vidas sin arriesgar demasiado. No comprendían que solo se lograría una sociedad justa cuando desapareciese la división entre explotadores y explotados.

PERROFLAUTA.—En eso estamos, abuelo.

ABUELO.—Necesitáis agruparos; todavía la movilización es pequeña comparada con la magnitud del problema.

PERROFLAUTA.—Lo que menos me gusta de las luchas que estoy viviendo es que una parte del movimiento no busca más que reformas, que les devuelvan el bienestar perdido.

ABUELO.—Es lógico, hijo. Negar la viabilidad del sistema significa comprometerse con la lucha social y eso da miedo.

PERROFLAUTA.—Estamos en el principio de algo que no sabemos si va a llegar a algún sitio.

(Callan durante unos segundos. El ABUELO dirige su mirada hacia el periódico.)

PERROFLAUTA.—¿Hay alguna noticia interesante en el periódico, abuelo?

ABUELO.—No hay más que historias tristes: hambrunas, atentados, despidos, desahucios... Habría que hacer un periódico en el que solamente se publicaran noticias alegres.

PERROFLAUTA.—No estaría mal, abuelo, pero me temo que estamos más cerca del precipicio que del paraíso.

ABUELO.—Hay muchas cosas buenas que hacen que la vida merezca la pena, a pesar de tanta maldad como nos rodea. Hay gente que sacrifica sus vidas investigando sobre el cáncer y hacen descubrimientos que benefician a todos, por ejemplo. En cualquier área del

conocimiento humano a diario hay personas que hacen aportaciones que nos enriquecen, aunque su actividad pase inadvertida.

PERROFLAUTA.—No sé, abuelo. Hay momentos en que me gustaría arrasar con todo y empezar desde cero.

ABUELO.—Quizá sea lo que habría que hacer. A fin de cuentas los más desfavorecidos en el reparto de la riqueza somos los que hemos construido todo lo que existe, desde las catedrales hasta la casa más humilde. Si lo deseáramos y pusiéramos empeño en ello podríamos quemar nuestro pasado hasta la raíz y levantar una nueva civilización. ¿Por qué no?

PERROFLAUTA.—¿Todavía te quedan ganas de pelear?

ABUELO.—Nunca las he perdido, aunque las fuerzas ya no me acompañen.

PERROFLAUTA.—Tienes mucho que enseñar a mi generación, y nosotros a ti. Los tiempos son distintos pero los objetivos son los mismos. Lucharemos juntos, abuelo. Vuestra memoria no se va a perder.

ABUELO.—Nunca debemos olvidar. La memoria es muy importante, contiene lecciones de las que hay que aprender. Cuando os veo acampados en las plazas, desafiando a la policía, sin miedo, mi corazón late acelerado como si tuviera veinte años. Me gustaría estar con vosotros ahí abajo, levantando una barricada de manos y de sueños, pero soy viejo.

PERROFLAUTA.—Muy viejo, no te equivoques.

ABUELO.—Sí, muy viejo. No aguanto de pie ni quince minutos seguidos.

(El PERROFLAUTA recoge el desayuno mientras el ABUELO sigue ojeando el periódico; le pone al perro un recipiente con agua y comida, y vuelve a sentarse a la mesa.)

ABUELO.—El paro ha vuelto a aumentar. No sé cómo va a vivir la gente.

PERROFLAUTA.—Están saneando las empresas para mantener los beneficios.

ABUELO.—El capitalismo es despiadado.

PERROFLAUTA.—Y los gobiernos unos títeres del mundo financiero.

ABUELO.—Y nosotros unos ignorantes por permitirlo.

PERROFLAUTA.—Tienen ejércitos de policías y de militares obedientes tras los que se refugian; ese es su último muro defensivo. El primero es nuestra incultura, el segundo nuestra cobardía y el tercero nuestra falta de unión.

ABUELO.—Nuestro miedo es su fuerza más poderosa.

PERROFLAUTA.—Yo no les tengo miedo.

ABUELO.—Yo a mi edad, como comprenderás, tampoco. Lo tuve primero por tu abuela, luego por tu padre y

después por vosotros tres. Demasiados miedos para mantenerme firme en la brecha.

PERROFLAUTA.—Hoy existen otros miedos diferentes.

ABUELO.—Sí. A no poder llegar a fin de mes, a no poder pagar la hipoteca o el crédito personal del coche.

PERROFLAUTA.—¿Qué podemos hacer contra ellos, abuelo?

ABUELO.—Tenemos que ser pacientes, despertar conciencias y aguardar el momento apropiado.

PERROFLAUTA.—¿Cuánto tenemos que esperar?

ABUELO.—No lo sé. Ahora es el momento de agruparse, de acumular fuerzas y, de paso, de disfrutar del proceso, si es posible. No hay que desperdiciar un instante sin que nos aproximemos a lo hermoso de la vida, al amor, a la belleza, a la creatividad...

PERROFLAUTA.—Me cuesta pensar así.

(Se produce otro silencio en el que cada uno se enfrasca en sus propias reflexiones, el ABUELO mira el periódico, el PERROFLAUTA mira al vacío.)

ABUELO.—El capital está muy crecido en estos tiempos de crisis, se siente tan seguro de sus posibilidades que empieza a quitarse la máscara, a actuar sin pudor. Manda a millones de hombres y mujeres al paro. La clase política malgasta el dinero público en ejércitos

inútiles salvo para secuestrar los recursos de otras naciones, como las guerras por el control del petróleo. El único afán del capitalismo, que le ha caracterizado desde su nacimiento, es el enriquecimiento rápido.

PERROFLAUTA.—La gente no se da cuenta de lo que estás diciendo.

ABUELO.—Sí, se da cuenta pero prefiere mirar para otro lado. Le da pánico pensar que vive una mentira llamada progreso. Le es más llevadero vivir fingiendo que no se entera de nada.

PERROFLAUTA.—Me gustaría irme a vivir con María pero nuestros sueldos son tan bajos que ni siquiera podemos permitirnos pagar un alquiler y, además, comer y vestirnos.

ABUELO.—Te he dicho varias veces que se venga a vivir con nosotros. En esta casa cabemos los tres. Te recuerdo que en ella os he criado a ti y a tus hermanos.

PERROFLAUTA.—Te lo agradezco, abuelo, pero ella no quiere.

ABUELO.—Haced lo que queráis pero ya sabes que lo poco que tengo es tuyo.

PERROFLAUTA.—Lo sé.

ABUELO.—No entiendo por qué no podemos vivir todos juntos en esta casa.

PERROFLAUTA.—Ella quiere intimidad.

ABUELO.—¿Y aquí no la va a tener?

PERROFLAUTA.—Apenas te conoce.

ABUELO.—Haz lo que te apetezca, pero la oferta sigue en pie. Estáis perdiendo un tiempo precioso del que podíais estar disfrutando juntos.

PERROFLAUTA.—Lo sé. Pero las cosas están así. Gracias de todos modos, abuelo. (Abandona la silla y le besa.)

ABUELO.—Mira hijo, ignoro qué futuro nos espera pero si vosotros no lo tenéis, nosotros tampoco, nadie lo tiene con este sistema. El verdadero capital de las naciones son los jóvenes; si no se invierte en ellos se malgasta. No seas negativo. He vivido mucho y he salido adelante como he podido, y te aseguro que he pasado buenos momentos. Vive el presente y sácale todo el partido que puedas. Ya veremos cómo evolucionan las cosas.

PERROFLAUTA.—Quiero confiar en tu instinto.

ABUELO.—Fíate solo de tu propio criterio.

PERRO FLAUTA.—Eso intento.

ABUELO.—¿Te vas a trabajar ya?

PERROFLAUTA.—Sí. Te he dejado comida hecha en la nevera, solo tienes que calentarla, pero caliéntala, no hagas como siempre, que te la comes fría. Y no abuses del vino.

ABUELO.—Sí. (Responde sin mirarle, con la vista fija en el periódico.)

PERROFLAUTA.—¿Te acordarás de sacar a Woody al parque?

ABUELO.—Sí, pesado. Luego me daré una vuelta con él.

PERROFLAUTA.—Adiós, abuelo. (Se acerca a él y le da un beso. El ABUELO se lo devuelve.)

ABUELO.—Hasta luego, Antonio.

(El PERROFLAUTA sale de la escena con una pequeña mochila a la espalda, arrastrando el carro de la compra. El ABUELO se sirve un vaso de vino, da un sorbo, abandona la silla y pone una cinta de Carlos Cano. A continuación, se acerca a WOODY y le acaricia.)

ABUELO.—Hola, compañero. Cómo envidio tu ignorancia. (Vuelve a la mesa y se sienta, da un sorbo de vino y lee el periódico.)

(La luz del escenario se va atenuando hasta quedar a oscuras. FIN DEL ACTO PRIMERO.)

ACTO SEGUNDO

Mismo escenario que en el acto anterior. Se escucha música de contenido popular (por ejemplo, copla.)

(Al aclararse las luces vemos al ABUELO sentado a la mesa, leyendo un libro. Entra el POLICÍA, que viene de la calle, vestido de uniforme. Es un hombre de unos 35 años, alto y fuerte.)

POLICÍA.—Buenas tardes, abuelo. (Se acerca a él y le da un beso; el ABUELO se lo devuelve.)

ABUELO.—Hola, Luis. Te he dicho mil veces que no vengas a verme vestido de uniforme.

POLICÍA.—¡Qué más te da!

ABUELO.—No me da igual. Yo quiero a la persona, a mi nieto, al que he cuidado y educado hasta donde he sabido y podido. Pero no me interesa lo que representas cuando te pones ese uniforme.

POLICÍA.—Eres incansable. ¿Nunca vas a cambiar? La mayor parte de las personas evolucionan, menos tú.

ABUELO.—Cada uno es como es.

POLICÍA.—Bueno, no empecemos a pelearnos.

ABUELO.—Por mí vale.

POLICÍA.—He venido de uniforme porque todavía no he acabado el servicio. El coche está abajo y me he escapado a hacerte una visita.

ABUELO.—¿Estáis vigilando a los acampados?

POLICÍA.—Es mi trabajo.

ABUELO.—Eso no es un trabajo.

POLICÍA.—Abuelo, por favor, cambiemos de tema. (Silencio.) ¿Estás solo?

ABUELO.—Sí. El niño está trabajando.

POLICÍA.—Menos mal que hace algo decente.

ABUELO.—Eso que dices no es justo. Lleva trabajando desde los 18 años. Los estudios se los pagó él solito, con becas y mucho esfuerzo. Es más de lo que has hecho tú.

POLICÍA.—¿Acaso yo no he trabajado desde los 16 años?

ABUELO.—Sí, y Roberto también. Los tres habéis sido muy trabajadores, pero reconocerás que lo que ha hecho el niño tiene mucho mérito.

POLICÍA.—Siempre ha sido tu preferido.

ABUELO.—Eso son bobadas, Luis. Yo os quiero a los tres por igual.

POLICÍA.—Tal vez, pero has estado más unido a Antonio.

ABUELO.—Quizá haya sido porque era el pequeño y más sensible que vosotros. Además, me recuerda mucho a tu padre.

POLICÍA.—¿Le echas de menos?

ABUELO.—No pasa un día en que no piense en ellos. A tu madre la quería como a una hija.

POLICÍA.—La verdad es que tú has sido mi padre y mi madre, porque a la abuela no la conocí.

ABUELO.—Erais muy pequeños cuando murieron en aquel accidente. Antonio era un bebé. Si no hubiera sido por vosotros creo que me hubiera quitado la vida. (Los dos se quedan callados.)

POLICÍA.—Antes no he querido ofender al niño. Lo que quería decir es que me alegro de que haga algo útil y no esté siempre con esa chusma, esos perroflautas de los que se rodea.

(El ABUELO no responde; se sirve un poco de vino y da un pequeño sorbo. Pasan unos segundos en silencio.)

POLICÍA.—Ya estás liado con el vino, abuelo; luego te quejarás del ácido úrico. (Echa un vistazo a la portada del libro que está leyendo el ABUELO.) ¿Qué lees?

ABUELO.—Una novela sobre la Guerra Civil.

POLICÍA.—A saber qué contará.

ABUELO.—Aunque te cueste creerlo, hay un mundo diferente al que vives cotidianamente en el cuartel.

POLICÍA.—No creo que sea sano leer siempre lo mismo.

ABUELO.—Leo lo que me gusta.

POLICÍA.—Sí, abuelo, pero la literatura es muy extensa.

ABUELO.—¿Acaso tú lees algo?

POLICÍA.—Sabes que nunca me ha gustado leer.

ABUELO.—Pues deberías hacerlo. De pequeño sí te gustaba.

POLICÍA.—Tú lo has dicho, de pequeño.

ABUELO.—La cultura nos ayuda a ser libres.

POLICÍA.—Y el periódico, ¿qué dice?

ABUELO.—En primera plana se cuenta que la policía ha disuelto una manifestación no violenta y que ha producido más de cien heridos.

POLICÍA.—Eso es pura propaganda de los izquierdistas, para desprestigiarnos.

ABUELO.—Luis, lo he visto en la televisión. La gente no hacía nada ilegal, no molestaba a nadie.

POLICÍA.—¡Cómo que no! Ocupaban la calle.

ABUELO.—La calle es de los ciudadanos.

POLICÍA.—No tenían autorización para estar allí.

ABUELO.—¿Hay que pedir permiso para reunirse y exigir justicia? ¿En qué tipo de país estamos viviendo?

POLICÍA.—¡Vamos abuelo! ¡Déjalo ya! No defiendas a esa gentuza: son escoria que no vale para nada salvo para alterar la paz social. ¿Para qué están las elecciones? Si las cosas están mal hay personas que saben más que nosotros y que encontrarán soluciones.

ABUELO.—¿Te refieres a los políticos?

POLICÍA.—Por supuesto. Son los representantes del pueblo que han sido elegidos en las urnas. Se supone que están capacitados para gestionar nuestros intereses.

ABUELO.—Ellos no representan más que los intereses de sus partidos y solamente defienden sus bolsillos.

POLICÍA.—Hablas como los perroflautas.

ABUELO.—Siento como ellos. Te recuerdo que soy un anciano que vivo con una paga que no llega a los setecientos euros.

POLICÍA.—Ocupar las calles y gritar estupideces no es la solución.

ABUELO.—Entonces, según tú, ¿cuál es la solución?
¿Callarse y morir de asco en un rincón?

POLICÍA.—Si tanto los admiras y respetas, ¿por qué no te vas con ellos?

ABUELO.—Si pudiera lo haría.

POLICÍA.—Hasta puede que, si se lo propones, los perroflautas te lleven en silla de ruedas. Son muy voluntariosos.

(El ABUELO le mira desafiante, con el rostro congestionado.)

ABUELO.—¡No me faltes al respeto ni se lo faltes a ellos, que son honestos! (Le dice en tono agresivo.) Tu salario, el uniforme y la pistola que llevas lo financia la ciudadanía. Es triste, pero te pagamos para que nos reprimas.

POLICÍA.—Yo hago cumplir la ley.

ABUELO.—Tú obedeces órdenes; no tienes criterio propio. Las leyes son artificios de los que se han dotado los seres humanos para regular la sociedad, pero pocas veces son justas.

POLICÍA.—Los que me mandan tienen criterio, el criterio que impone la ley, que ha sido votada en el Parlamento.

ABUELO.—Pero Luis, qué sabes tú de leyes ni de parlamentos.

POLICÍA.—Yo sé lo que tengo que saber. Aplico leyes democráticas.

ABUELO.—Piensa por ti mismo.

POLICÍA.—No hay nada que pensar. Tengo las ideas bien claras.

ABUELO.—No sabes lo que dices.

POLICÍA.—¿Te crees en posesión de la verdad?

ABUELO.—Quiero que te des cuenta de cómo está constituido el orden social.

POLICÍA.—Abuelo, las leyes están para algo.

ABUELO.—Están hechas a la medida de los explotadores y de sus lacayos.

POLICÍA.—Lo que tú digas, abuelo. Contigo no se puede hablar.

ABUELO.—No me invento nada, Luis. Lee la prensa. De vez en cuando ellos mismos destapan sus fraudes sin escrúpulos. Lo suelen considerar una muestra de salud democrática, pero es pura falsedad. En realidad, lo hacen porque saben que son impunes, porque ningún juez les va a condenar. Y si les resultaran perjudiciales en un momento dado, las cambiarían, como ha hecho Berlusconi en Italia.

POLICÍA.—Estás amargado.

ABUELO.—Y tú estás ciego. Te crees lo que te interesa para justificar lo injustificable. Eres hijo de obreros, de gente humilde, aunque parece que ya te has olvidado de ello.

POLICÍA.—No me he olvidado de nada. Sé cuáles son mis orígenes, pero de algo tengo que vivir.

ABUELO.—¿A costa del dolor de los tuyos?

POLICÍA.—¿Quiénes son los míos?

ABUELO.—Tú sabrás.

POLICÍA.—Me debo a los que me pagan.

ABUELO.—Entonces te debes al pueblo.

POLICÍA.—Te equivocas. Es el Estado quien me paga. El pueblo mantiene al Estado para que la sociedad pueda sobrevivir. Sin nosotros y sin el ejército no habría Estado y sin Estado reinaría el caos.

ABUELO.—Qué bien te has aprendido la lección. Ahora resulta que nos hacéis un favor.

POLICÍA.—La sociedad necesita autoridad, porque sino la libertad se convierte en libertinaje.

ABUELO.—¿La libertad nos la da tu pistola?

POLICÍA.—Sí.

ABUELO.—¿Y si yo tuviera otra? ¿Las dos pistolas serían fuente de libertad?

POLICÍA.—Si estás a mi lado sí. Si estás enfrente serías un terrorista.

ABUELO.—¿Me puedes explicar qué violencia es legal y cuál ilegal?

POLICÍA.—Es legal la violencia que se aplica con las leyes en la mano.

ABUELO.—¿Y si las leyes son injustas? ¿La violencia que la defiende no es igualmente injusta?

POLICÍA.—Una ley no puede ser ilegal desde el mismo momento en que se convierte en obligado cumplimiento para todos.

ABUELO.—Las leyes las cambian los regímenes a su antojo, incluso de manera contradictoria. En un primer momento se ilegaliza algo y unos años más tarde se vuelve a legalizar, según el criterio del gobernante de turno. Los nazis llegaron al poder democráticamente y con las leyes en la mano montaron un Estado basado en el terror. ¿Todas las leyes son iguales? ¿Todas son buenas?

POLICÍA.—No lo sé, abuelo. Me estás liando. Yo no decido si la ley es buena o mala, solo obedezco órdenes.

ABUELO.—Pero puedes elegir. Puedes hacer objeción de conciencia ante ciertas órdenes. Limitarte a obedecer

órdenes te reduce a la condición de máquina, te aliena, dejas de ser persona.

POLICÍA.—No me pagan para pensar ni para elegir, sino para hacer lo que me mandan. Así se construye el Estado: nosotros mantenemos su estructura de manera firme.

ABUELO.—¿No crees que nos sería más rentable librar-nos del Estado? De paso dejaríamos de pagar a tanto parásito socialmente inútil, como los que se cobijan bajo sus alas.

POLICÍA.—¿Me estás llamando parásito?

ABUELO.—¿Qué riqueza produces tú?

POLICÍA.—Dejémoslo, abuelo. No quiero discutir más contigo. Tú y mis hermanos sois mi única familia.

ABUELO.—Sí; no nos hagamos mala sangre. Pero ten presente que algún día tendrás que elegir en qué lugar de la barricada quieres estar.

POLICÍA.—Abuelo...

ABUELO.—De acuerdo, lo dejo.

(El POLICÍA se sienta a la mesa con un vaso que ha cogido en la cocina y se sirve vino. El ABUELO ojea el periódico.)

POLICÍA.—¿No te aburres de leer siempre las mismas desgracias?

ABUELO.—Nosotros somos parte de este mundo, Luis.

POLICÍA.—Pero hay tanto dolor e injusticia...

ABUELO.—Todos tenemos una parte de responsabilidad en esa injusticia.

POLICÍA.—¿Tú también?

ABUELO.—Sí, yo también, porque durante años he esperado en silencio, inmóvil, sin hacer nada más que criticar.

POLICÍA.—Quizá no has tenido otra alternativa.

ABUELO.—No, hijo, podemos elegir, todos somos responsables.

POLICÍA.—¿Me estás diciendo que lo que hago es porque quiero hacerlo?

ABUELO.—Yo no digo nada, pero creo que eres inteligente y haces lo que haces porque así lo has decidido. A ti nadie te ha engañado.

POLICÍA.—No vi otra salida.

ABUELO.—Eso no quiere decir que no la hubiera.

POLICÍA.—Siempre me cuestionas.

ABUELO.—No es cierto. Os he apoyado a los tres por igual desde que murieron vuestros padres. Los tres sois mis hijos. Os he dado lo que tenía, que no ha sido mu-

cho. Y os he educado con ideas muy básicas: respeto al otro y amor a la libertad. Luego, cada uno de vosotros ha seguido su camino.

POLICÍA.—¿Mi camino es malo?

ABUELO.—No hay caminos buenos ni malos. Hay distintas formas de vivir. Lo que yo veo es que hay opciones que dañan a otros.

POLICÍA.—Me odias por ser policía.

ABUELO.—No te odio hijo, me das pena. Sentiría lo mismo si fueras militar, un empresario despiadado, un cura pederasta o un banquero. Esas profesiones llevan implícitas una carga negativa que me repugna.

POLICÍA.—Solo tengo una vida.

ABUELO.—Todos tenemos una sola vida y debería estar gobernada por principios universales de solidaridad y amor.

POLICÍA.—El mundo funciona a su manera. Hay fuerzas poderosas, inalcanzables para nosotros. Y ni tú ni yo vamos a vencerlas.

ABUELO.—Esa creencia es precisamente la que impide crecer a la Humanidad.

POLICÍA.—Yo solo soy un hombre, no puedo hacer nada.

ABUELO.—Y yo te quiero igual, hijo, pero eso no quiere decir que no me sienta dolido contigo, no porque me

hayas decepcionado, sino por lo que haces; antes tú no eras así. Al contrario, eras un adolescente inquieto, inteligente y crítico. ¿En qué te has convertido?

POLICÍA.—Nosotros defendemos la Constitución. Además, gobierne quien gobierne, siempre va a ser necesaria la policía.

ABUELO.—Siempre es demasiado tiempo. Ojalá que en un futuro, que barrunto lejano, no sea así.

POLICÍA.—Sueñas, abuelo.

ABUELO.—¿Qué es la vida sin los sueños?

POLICÍA.—Los sueños nos ayudan a avanzar pero también nos frustran cuando vemos que no podemos alcanzarlos.

ABUELO.—Son un horizonte.

POLICÍA.—Yo necesito ser feliz ahora, no mañana.

ABUELO.—¿Y quién no?

POLICÍA.—Entonces, que cada uno se busque la vida como pueda.

ABUELO.—No podemos ser felices con la desgracia de otros.

POLICÍA.—Abuelo, por favor.

ABUELO.—Está bien, dejemos el tema, Luis. Hacía mucho que no te veía y quiero que me cuentes cosas de tu vida. Perdona que me haya enfadado contigo; ha sido ese maldito uniforme.

(El POLICÍA se levanta, se acerca al abuelo y le pone la mano en el hombro.)

POLICÍA.—No he venido a verte porque he estado ocupado trabajando en el piso. La constructora lo entregó en un estado calamitoso y llevamos dos años esperando que hagan los arreglos, pero aún no han hecho nada. Así que, he empezado a hacer pequeñas reformas. Me gustaría irme a vivir con Lucía cuanto antes pero está en paro y eso nos limita. La vida se nos pasa y no avanzamos.

ABUELO.—¿Te va bien con ella?

POLICÍA.—Sí, la quiero mucho. En cuanto estemos instalados nos casaremos. Por supuesto, por el juzgado, para que no te dé un infarto. Luego, cuanto antes, queremos tener un hijo.

(El ABUELO sonríe.)

ABUELO.—Tr ela una tarde y merendamos; me agrada  hablar con ella.

POLICÍA.—A Lucía le gustas mucho, abuelo.

ABUELO.—Y ella a mí.

POLICÍA.—He de decirte, sin que te enfades, que le das un poco de miedo con tus opiniones políticas.

ABUELO.—¿Que yo le doy miedo?

POLICÍA.—Reconocerás que eres muy apasionado con estos temas.

ABUELO.—¿Crees que la intimido?

POLICÍA.—Un poco.

ABUELO.—Cuando ella esté en casa, si crees que me paso, hazme una seña con la mano.

ABUELO.—Lo haré, pero a cambio haz un esfuerzo y no le cuentes tus batallitas de la Guerra Civil.

ABUELO.—Luis, todavía me funciona la cabeza.

POLICÍA.—Es un decir.

ABUELO.—Luis, no me toques los...

(El POLICÍA se ríe y le da una palmada en la espalda al ABUELO.)

POLICÍA.—Era una broma.

ABUELO.—¿Qué había estudiado Lucía?

POLICÍA.—Filología. Es una carrera sin salidas laborales, salvo la enseñanza, pero se convocan muy pocas plazas y ahora con la crisis aún menos.

ABUELO.—Igual que Antonio. Toda la vida estudiando y el mejor trabajo que ha encontrado es en el almacén de un supermercado. Encima se supone que tiene que estar contento y agradecido.

POLICÍA.—Este país es una mierda, abuelo.

ABUELO.—En eso estoy de acuerdo contigo. Pero no creas que otros países están mucho mejor que nosotros.

POLICÍA.—Sí, pero nosotros parece que nunca vamos a levantar cabeza.

ABUELO.—Y no nos damos cuenta de ello, Luis. Vivimos en una sociedad dormida. Qué mala suerte ha tenido este gran pueblo.

(Ambos se quedan en silencio, pensativos. Beben vino. FIN DEL ACTO SEGUNDO.)

ACTO TERCERO

Mismo escenario que los actos anteriores. No hay música.

(Al aclararse las luces vemos al ABUELO y al POLICÍA sentados a la mesa bebiendo vino, en silencio. El SINDICALISTA entra en escena. Es un hombre algo más joven que el POLICÍA. Lleva una bandera roja con unas siglas cualesquiera.)

SINDICALISTA.—¡Hola, abuelo! (Se acerca hasta el ABUELO y le besa con alegría en la mejilla.)

ABUELO.—Hola, hijo.

SINDICALISTA.—Vaya, ¡mira quién está aquí!, el defensor del orden. Hola, «madero». (Le dice con sorna.)

(El POLICÍA se levanta, besa al SINDICALISTA en las mejillas y le da un abrazo alegre.)

POLICÍA.—Hola rojo descolorido.

ABUELO.—¿Qué tal te va, Roberto?

POLICÍA.—A este le va bien. ¿No sabes que hay muchos expedientes de regulación de empleo?

SINDICALISTA.—¿Ya estás jodiéndome?

(El POLICÍA se ríe y le da una palmada en la espalda. El SINDICALISTA acerca una silla a la mesa y se sienta.)

POLICÍA.—Es una broma, hermano.

ABUELO.—¿Cómo te va la vida, hijo?

SINDICALISTA.—Bien, abuelo. No me quejo.

POLICÍA.—Haciendo teatro, ¿eh? (Dice, riéndose.)

SINDICALISTA.—Luis, déjame en paz y métete en tus asuntos. (Le responde, empezando a enfadarse.) ¿Qué hacéis?

POLICÍA.—Nada especial. Charlábamos.

SINDICALISTA.—Y el niño, ¿dónde está?

ABUELO.—En el trabajo.

SINDICALISTA.—¿Sigue en el supermercado?

ABUELO.—Sí. No encuentra otro trabajo mejor.

SINDICALISTA.—Hoy tiene suerte de cobrar un sueldo. Tenía que haberse preparado una oposición cuando se lo dije; con lo inteligente que es seguro que la habría aprobado.

POLICÍA.—Hombre, suerte por cobrar algo de dinero sí, pero por el trabajo de mierda que tiene y por lo que le pagan, ya me dirás.

SINDICALISTA.—No hay otra cosa.

POLICÍA.—De acuerdo, hay que coger lo que salga, pero reconocerás que las condiciones laborales son penosas.

SINDICALISTA.—Hay muchos parados.

POLICÍA.—Vosotros estáis para ofrecer alternativas a esos problemas.

(El SINDICALISTA le mira con el ceño fruncido pero no le contesta.)

SINDICALISTA.—Sigo pensando que tendría que prepararse una oposición.

ABUELO.—Tiene otras aspiraciones.

POLICÍA.—A perroflauta. (Dice, despectivamente, riéndose.)

ABUELO.—Quiere ser abogado laboralista. (Dice, ignorando el comentario del POLICÍA.)

SINDICALISTA.—La situación económica no mejora ni parece que vaya a hacerlo pronto.

POLICÍA.—Tú al menos te lo llevas muerto. Tienes los estudios básicos y mira, liberado de un sindicato.

SINDICALISTA.—No gano mucho.

POLICÍA.—Pues no hace tanto cobrábamos lo mismo.

SINDICALISTA.—¿No compararás mi trabajo con el tuyo?

POLICÍA.—¿Por qué no?

SINDICALISTA.—Vosotros sois funcionarios de élite, bien cuidados y protegidos por el Estado.

POLICÍA.—¿Y vosotros qué?

SINDICALISTA.—Nosotros lo que tenemos nos lo hemos ganado con mucho esfuerzo.

POLICÍA.—Vosotros erais y sois las sanguijuelas de la clase obrera. Antes vivíais directamente de ella y ahora de ella y de las subvenciones del Estado.

SINDICALISTA.—¡Mentira! (Grita.)

POLICÍA.—Ahora no te hagas el ofendido; tampoco te engañes a ti mismo. Si tuvierais que vivir de las cuotas sindicales se os habría acabado el negocio.

SINDICALISTA.—Te encanta meterte conmigo, y no lo entiendo. ¿Es que te da envidia que yo tenga un trabajo honesto?

POLICÍA.—¿Envidia de ti?

ABUELO.—Chicos... (Dice, mirando el periódico.)

SINDICALISTA.—Ha empezado él, abuelo.

POLICÍA.—Es que eres un listo.

SINDICALISTA.—Y tú un puto «madero» resentido.

ABUELO.—No os faltéis.

SINDICALISTA.—La función de los sindicatos es muy amplia.

POLICÍA.—Sí, negociar con una patronal que os deprecia, a espaldas de los trabajadores.

SINDICALISTA.—No te conozco. Hablas como un izquierdista.

POLICÍA.—El abuelo piensa que soy un traidor al pueblo y tal y como él lo ve tal vez lo sea, pero también sé lo que me digo con respecto a vosotros, no soy gilipollas.

SINDICALISTA.—Tú no puedes darme lecciones de nada.

POLICÍA.—Ni lo pretendo. Pero me jode que me mires por encima del hombro porque soy policía. Tú y los que son como tú, tenéis mucho por qué callar.

SINDICALISTA.—¿Qué ocultamos?

POLICÍA.—Eso se lo tendrías que preguntar a los que dices representar. Desde mi punto de vista eres como yo: trabajas para el Estado.

SINDICALISTA.—Ahora resulta que sin saberlo soy funcionario.

POLICÍA.—Te paga el Estado.

SINDICALISTA.—Me paga el sindicato.

POLICÍA.—Y a los sindicatos los mantiene el Estado.

SINDICALISTA.—No nos mantiene.

POLICÍA.—Os financia.

SINDICALISTA.—Hacemos una labor social que sirve al Estado.

POLICÍA.—Por supuesto, mantener controlados a los asalariados.

SINDICALISTA.—Prestamos servicios.

POLICÍA.—¿Ahora resulta que sois una ONG?

SINDICALISTA.—¡Estás loco! (Se levanta y se aparta de la mesa.)

ABUELO.—Chicos, no os paséis... (Dice, mirándoles, escéptico.)

POLICÍA.—Los sindicatos del Estado sois peores que nosotros, los policías. No todos somos unos corruptos; algunos hasta colaboramos para libraros de chorizos y asesinos. No engañamos a nadie. Servimos al orden, el que sea. Obedecemos sin cuestionar nada. Llevamos

uniforme y pistola. Se nos reconoce fácilmente. Todo el mundo sabe lo que se espera de nosotros. Unos ciudadanos nos respetan porque les transmitimos seguridad, otros nos temen, y una minoría nos odia. Si nos mandan detener, detenemos. Si nos mandan disolver una manifestación, la disolvemos. Somos pistolas cargadas a la espera de que nuestros mandos aprieten el gatillo. (El ABUELO asiente.) Ahora bien, vosotros, los sindicalistas institucionalizados, con vuestros pomposos discursos obreristas, que nadie se cree, ofrecéis una imagen mentirosa. Sois un instrumento de contención de las luchas de los trabajadores. No estáis para impulsarlas sino para frenarlas, cuando no para reprimirlas. Sois los tontos útiles que laméis el culo de los empresarios. Para los obreros sois como una droga que atonta.

SINDICALISTA.—Antes dije que hablabas como un izquierdista, como Antonio. Ahora pienso que lo haces como un fascista.

ABUELO.—No os insultéis. Debatid ideas. (Dice, sin mirarles.)

SINDICALISTA.—Me ha insultado.

ABUELO.—Sois hermanos.

SINDICALISTA.—Los lazos de sangre no unen necesariamente.

ABUELO.—Sois hijos del pueblo, aunque algo extraviados. No perdáis también el amor que os une.

(Los tres se quedan callados. El SINDICALISTA trae un vaso de la cocina y se sienta a la mesa. El ABUELO sirve vino y beben.)

ABUELO.—¿Habéis tenido manifestación? (Le pregunta al SINDICALISTA.)

SINDICALISTA.—Sí; contra la reforma laboral.

POLICÍA.—¿Qué cínicos sois; No habéis hecho nada efectivo por pararla y ahora os dais golpes en el pecho como si realmente os importara.

SINDICALISTA.—La situación económica mundial exige responsabilidad.

POLICÍA.—Lo que me faltaba por oír.

ABUELO.—¿Ante quién sois responsables? (Entrando en la conversación.)

SINDICALISTA.—Abuelo, nosotros nos debemos a los trabajadores.

ABUELO.—¿Te crees esas palabras?

SINDICALISTA.—Por supuesto.

ABUELO.—Tal vez tú sí te las creas, pero, ¿y tus jefes?

(El SINDICALISTA se calla y bebe.)

POLICÍA.—Abuelo, luchar contra corriente es duro.

ABUELO.—Entonces no luchemos y aguantemos lo que nos caiga encima. Tenemos lo que nos merecemos.

SINDICALISTA.—No seas tan extremista.

ABUELO.—Es que no ofrecéis otra alternativa más que la resignación cristiana. Yo no os he enseñado eso. Intenté educaros en la libertad de pensamiento.

POLICÍA.—El sistema funciona como las drogas. Piensas que a ti no te van a atrapar, que no debes tomarlas, pero al final las tomas y cuanto te quieres dar cuenta, estás jodido.

ABUELO.—Puede ser.

POLICÍA.—Funcionamos así.

SINDICALISTA.—Supongo que sí.
(Los tres se quedan callados.)

ABUELO.—¿No creéis en nada?

SINDICALISTA.—Por supuesto que tenemos ideales, abuelo.

POLICÍA.—Yo creo en la justicia y en que todo el mundo tiene derecho a vivir dignamente.

SINDICALISTA.—Yo creo también, como Luis, en un reparto justo de la riqueza.

ABUELO.—¿Y con vuestra actitud claudicante, colaboradora y acomodada vais a conseguir mayor justicia y

vais a contribuir a la disminución de las desigualdades sociales? (El interrogante queda en el aire durante unos segundos.) ¿Qué les vais a dejar como herencia social a vuestros hijos? ¿Qué les vais a enseñar? ¿Les vais a educar en la sumisión, en la resignación a la pobreza? ¿Les vais a transmitir la idea de que no tienen futuro como personas? (Nuevo silencio.) Si se hacen traficantes de drogas, ¿se lo vais a recriminar? ¿Con qué derecho? (Se dirige al POLICÍA.) Tú, defensor de los traficantes de dinero, de los banqueros. (Se dirige al SINDICALISTA.) Y tú, traficante de mentiras interesadas. Todos esos mercadeos indecentes en los que os movéis envenenan a los pueblos generación tras generación.

SINDICALISTA.—Quizá no seamos perfectos, pero tampoco somos los peores.

ABUELO.—Desde luego que no, pero ambos sois pilares fundamentales para el sostenimiento del capitalismo. Sin vuestra colaboración el sistema se tambalearía.

POLICÍA.—Pero, abuelo. ¿Quieres que abandonemos, sin más? Eso sería un desastre. ¿Quién va a poner orden?

ABUELO.—El pueblo.

SINDICALISTA.—Eso es una fantasía.

POLICÍA.—Alucinas, abuelo. Ni la sociedad es un drama perpetuo, tal y como tú la pintas, ni está preparada para autogobernarse.

SINDICALISTA.—Siempre has sido desproporcionado.

ABUELO.—¿Que soy desproporcionado? Me quedo corto, Roberto. No quiero ser catastrofista, pero las contradicciones del capitalismo van a estallar más pronto que tarde y nadie sabe lo que puede surgir de ello.

POLICÍA.—Abuelo, nada va a cambiar pase lo que pase. Los pilares del Estado son sólidos: el ejército, la policía, el empresariado, la Iglesia y la banca forman una piña. Y encima están apoyados por la mayoría de la población. Esto es la democracia. No va a haber revoluciones porque no son necesarias. Y nadie, salvo tú y algunos perroflautas, las quiere.

ABUELO.—Desde luego, tú sales beneficiado de todo esto. (Se dirige al POLICÍA.)

POLICÍA.—Yo creo en la democracia.

SINDICALISTA.—Es el mejor sistema social que conocemos.

ABUELO.—Vivimos una quimera hecha de palabras huecas y falsedades, que tiene su ceremonia suprema cada cuatro años, cuando los ciudadanos acuden a votar, en ese simulacro de libertad. Pero debajo de toda esa parafernalia se esconde la dictadura de los mercados y la amenaza de las bayonetas.

POLICÍA.—Tal vez sea así. ¿Y qué vamos a hacer? Ahora mismo puedo tirar mi placa y mi pistola y unirme a los acampados. Eso, aparte de significar mi ruina, qué valor tiene.

ABUELO.—El que tú le quieras dar. Y de momento, que yo sepa, nadie te ha pedido que hagas eso. En todo caso, que actúes como una persona y no como un robot.

SINDICALISTA.—No se puede hacer nada, abuelo. A estas alturas y con lo que has vivido ya lo debe-rías saber.

ABUELO.—Es mejor morir de pie... (Le interrumpen los dos a coro.)

POLICÍA Y SINDICALISTA.—...que vivir de rodillas.

POLICÍA.—Nos lo has repetido hasta la saciedad desde que éramos niños, abuelo.

SINDICALISTA.—Vives todavía en la Guerra Civil y ya lo siento. Eso ya pasó; la perdisteis; no hay nada que hacer. Se acabó. Dedícate a leer y a pasear con el perro. Disfruta del tiempo que te queda de vida y procura no amargarte ni amargar a los demás con tus arengas.

POLICÍA.—No te pases, Roberto.

SINDICALISTA.—Estoy hasta las narices de oírle siempre la misma historia. Nada de lo que hacemos está bien si no pasa por su filtro de anarquista frustrado.

POLICÍA.—Déjale, Roberto. Él vive en su película de milicianos justicieros e himnos heroicos.

SINDICALISTA.—Me da igual.

POLICÍA.—Roberto, pasa de la discusión y echa un trago de vino. Eso es algo que no falta en esta casa.

ABUELO.—Después de tanto tiempo juntos todavía no habéis comprendido que solo durante los años de la guerra, a pesar del sufrimiento, viví de pie. El resto del tiempo de mi vida he vivido de rodillas. (Guarda silencio unos segundos, como buscando las palabras.) Tampoco habéis entendido el significado último de esa frase de la que os habéis burlado. Ese significado se llama dignidad.

(Los tres callan. FIN DEL ACTO TERCERO.)

ACTO CUARTO

Mismo escenario que en los actos anteriores. No hay música.

(Al aclararse las luces vemos al ABUELO, al POLICÍA y al SINDICALISTA sentados a la mesa, en silencio. De la calle llegan gritos, insultos, consignas, se oyen disparos —botes de humo y pelotas de goma— y sonidos de sirena de los coches de la policía y de las ambulancias.)

POLICÍA.—Ya la han liado los perroflautas. Sabía que esto iba a pasar. La delegada del Gobierno ha tenido mucha paciencia con ellos. Es inaceptable convertir las plazas en acampadas. Eso no es cívico. (Se levanta, abre la ventana y se asoma. El ruido de la calle se recrucece.)

(El ABUELO y el SINDICALISTA se miran serios pero no hablan. Durante unos segundos, ninguno de los tres hace comentario alguno.)

POLICÍA.—¡Miradles! Son idiotas. Se quedan sentados en el suelo con las manos en alto, como si ese gesto les fuera a librar de los golpes. Vaya generación de subnormales.

(El SINDICALISTA se acerca a la ventana.)

SINDICALISTA.—¡Qué bestias! ¡Cabrones! Hay que tener malas entrañas para actuar así. (Grita.) No se puede tratar a la gente como si fuera ganado.

POLICÍA.—La policía cumple con su deber. Está limpiando la calle.

SINDICALISTA.—¡No me digas! ¿Apalea a personas indefensas es cumplir con el deber?

POLICÍA.—Hacen lo que les mandan. Para eso les han entrenado.

SINDICALISTA.—Dirás, mejor, para lo que os han entrenado.

POLICÍA.—Yo nunca he pegado ni maltratado a nadie.

SINDICALISTA.—¿Me lo tengo que creer?

POLICÍA.—Te doy mi palabra de honor.

SINDICALISTA.—No lo entiendo... Entonces, ¿qué haces vistiendo ese uniforme?

POLICÍA.—Hago lo que sé.

SINDICALISTA.—Vamos, hermano. Vales para mucho más.

POLICÍA.—No me vengas con adulaciones ahora; si valiera para otra cosa ya lo hubiera hecho.

SINDICALISTA.—Todavía eres capaz de pensar por ti mismo; aún hay esperanza.

POLICÍA.—Pasa de mí.

SINDICALISTA.—Lo que tú quieras.

(Se recrudecen los estampidos, las voces y las sirenas.)

POLICÍA.—¿Pero por qué no corren? ¡Que se vayan; ¡Los van a moler a palos; ¡Parecen idiotizados!

SINDICALISTA.—¿Por qué se tienen que ir? Hay derechos reconocidos por la Constitución, como la libertad de expresión, de reunión y de manifestación.

POLICÍA.—También tú, como el abuelo, quieres mucho a esa chusma, ¿verdad? Puedes unirte a ellos. Aunque cuando se enteren de lo que eres no sé cómo se lo van a tomar.

SINDICALISTA.—Lo que yo sea no viene a cuento. ¿Es que no puedes entender que luchan por lo que creen, por un ideal? Así avanzan las sociedades.

POLICÍA.—No me hables tú, precisamente, de ideales.

SINDICALISTA.—Tú y yo tal vez estemos colaborando con los poderosos de una manera o de otra, pero ellos no.

(El ABUELO se levanta de su silla y se acerca a la ventana.)

POLICÍA.—Eres desconcertante. Hace un momento estabas harto del discurso extremista del abuelo y ahora te vuelves rojo de repente.

SINDICALISTA.—Creo que perseguir una revolución es una batalla perdida porque el problema del ser humano es el propio ser humano. Tú y yo somos un buen ejemplo. Pero les admiro secretamente porque se atreven a hacer lo que yo no hago y me gustaría hacer.

POLICÍA.—Eres un demagogo. A mí no me engañas. En cuanto estuvieras entre ellos intentarías manipularles.

ABUELO.—¡Es terrible! ¡Cuánta arbitrariedad! (Guarda silencio unos segundos y se dirige al POLICÍA.) ¿Tú eres capaz de comportarte como ellos, como matones sin escrúpulos?

POLICÍA.—Ya te he dicho que nunca he pegado a nadie.

SINDICALISTA.—¡Asesinos! ¡Nazis!

POLICÍA.—¡Cállate! Te van a oír.

SINDICALISTA.—¡Hijos de perra!

POLICÍA.—¡Deja de decir estupideces! No te comportes como una niña histérica.

SINDICALISTA.—¿Tienes miedo a tus compañeros o los estás defendiendo?

POLICÍA.—Yo defendiendo la ley.

SINDICALISTA.—Ya.

POLICÍA.—No se cambia nada con una tienda de campaña.

SINDICALISTA.—¿Cómo lo pueden hacer entonces?

POLICÍA.—No lo sé. Supongo que habría que hacer leyes nuevas o quitar las que no sirven.

SINDICALISTA.—¿Quién va a cambiarlas? ¿El propio Estado se va a estrangular con leyes que limiten su poder?

POLICÍA.—Pues que hagan un partido político y que les vote la gente. En cualquier caso, una minoría no puede estar jodiendo al país.

SINDICALISTA.—¿Sabes que en las movilizaciones que han convocado han participado alrededor de seis millones de personas?

POLICÍA.—Eso es pura propaganda, no se lo cree nadie.

SINDICALISTA.—Infórmate, por favor. Contrasta las consignas de los descerebrados que te dan las órdenes.

POLICÍA.—No me contamines con tu mierda. (Dice, furioso.)

SINDICALISTA.—¿Nos matarías al abuelo y a mí, o al niño, si te lo mandaran?

POLICÍA.—Esa pregunta es absurda. Nadie me va a ordenar que mate.

ABUELO.—Eso que niegas como posible ya ha ocurrido en España, en 1933. El gobierno republicano ordenó a los guardias de asalto y a la guardia civil realizar ejecuciones sumarias en Casas Viejas, un mísero pueblo andaluz en el que la gente se moría de hambre. Esos asesinatos se hicieron en nombre de la democracia.

POLICÍA.—Me cuentas una historia que, de ser cierta, es antigua. Hoy en día se actúa de manera diferente.

SINDICALISTA.—¿Y si no fuéramos nosotros a los que hay que ajusticiar, si fueran desconocidos? ¿Les matarías si te lo ordenaran?

POLICÍA.—¡No me han entrenado para matar! (Grita.)

SINDICALISTA.—¿No ves lo que están haciendo tus compañeros?

POLICÍA.—Qué se vayan de la plaza los perroflautas y se acabó el problema.

SINDICALISTA.—¡Esto es una dictadura!

ABUELO.—¡Mirad! ¡Es el niño! ¡Es Antonio! (Grita el ABUELO.)

POLICÍA.—¿Dónde?

ABUELO.—¡Junto a la fuente!

SINDICALISTA.—Pero, ¿qué hace en medio de la plaza con el carro de la compra?

ABUELO.—Hoy tenía que traer comida después de salir de trabajar; tenemos la nevera vacía.

SINDICALISTA.—Si no lo veo, no lo creo. ¿Se va a una manifestación con la compra? ¿Para que lo apaleen mejor?

ABUELO.—Habría ido a ver a sus compañeros acampados.

POLICÍA.—Este niño es idiota de remate. No tiene solución.

SINDICALISTA.—¡Le están pegando! ¡Le tiran la compra al suelo y se la pisotean! ¡Cabrones! ¡Hijos de perra! ¡Cobardes! (Gritando.)

POLICÍA.—¡Cállate!

ABUELO.—Pobre hijo mío. (Gime el ABUELO, asustado.)

POLICÍA.—No le pasa nada, se está levantando.

SINDICALISTA.—¡Asesinos! ¡Terroristas!

POLICÍA.—¿Es que se te ha ido la cabeza del todo?

SINDICALISTA.—¿Cómo puedes permanecer impasible ante tanta barbarie?

POLICÍA.—Está entrando más gente en la plaza.

SINDICALISTA.—Llegan más policías. Disparan botes de humo; apenas se puede ver lo que sucede.

(Se escuchan nuevas detonaciones.)

POLICÍA.—Eso han sido disparos de pistola. (Dice con sorpresa.)

SINDICALISTA.—No puedo ver... ¿Qué está pasando? Solo oigo gritos.

POLICÍA.—Está claro... Las unidades antidisturbios están empujando a los manifestantes fuera de la plaza.

ABUELO.—Muchos resisten. Se quedan sentados con las manos en alto.

POLICÍA.—Son pocos. En una hora la plaza y los alrededores estarán limpios de perroflautas.

SINDICALISTA.—Parece que disfrutas.

POLICÍA.—Pues ahora que lo dices, me gusta ver las calles limpias de piojos.

SINDICALISTA.—El niño está recogiendo la compra como puede. Pero qué le pasa... Parece que se tambalea.

POLICÍA.—Estará medio ahogado por los gases lacrimógenos. No sé cómo puede aguantarlo.

ABUELO.—¡Se ha caído! ¡Algo le sucede! (Dice alarmado.)

POLICÍA.—Voy a bajar a buscarle ahora mismo. (Sale corriendo.)

SINDICALISTA.—Te acompaño. (También sale corriendo.)

(El ABUELO se queda solo, mirando por la ventana, mientras se siguen oyendo estampidos, gritos y consignas: «¡Policía asesina!». Está nervioso. Abandona la ventana y camina por el comedor, maldiciendo entre dientes. Se sirve vino y se lo bebe de un trago.)

ABUELO.—¡Perra vida! Siempre igual. La Historia es una pesadilla que nada parece poder contener. Cualquier progreso social, por pequeño que sea, tiene que ser conquistado con sangre y fuego. A veces pienso que no hay despertar posible y que estaríamos mejor todos muertos.

(El ABUELO vuelve a la ventana y se queda mirando, a través de ella.)

ABUELO.—Hay varios cuerpos caídos en el suelo. La gente los rodea y se los lleva como puede. Parecen heridos... La policía se retira. ¡Antonio...! (Gime.) Lo levantan como a un peso muerto.

(El ABUELO se aparta de la ventana, angustiado, y se apoya en la pared con la mano en el pecho, le falta la respiración. Se oye un estrépito de vo-

ces y pisadas por la escalera. Camina hacia la puerta pero antes de llegar entran el SINDICALISTA, el POLICÍA, ambos llorando, y cuatro manifestantes. Entre todos transportan el cuerpo inerte del PERROFLAUTA.)

ABUELO.—¡Antonio! ¿Qué te han hecho? (Corre, llorando, hacia el cuerpo, que los otros mantienen en vilo, y lo abraza.) ¡Antonio!

(El ABUELO se separa de ellos un metro y los mira con ojos enloquecidos. Retrocede hasta la mesa y con furia descontrolada tira todo lo que hay sobre ella, aullando como un animal.)

ABUELO.—¡Criminales! ¡Canallas! ¡Han matado a mi niño!

(El grupo recién llegado deposita con cuidado el cuerpo en el suelo, en el centro del escenario, y lo rodea sin tapar al espectador su visión.)

MANIFESTANTE 1.—Un policía ha disparado indiscriminadamente contra la multitud.

MANIFESTANTE 2.—Son unos psicópatas violentos.

MANIFESTANTE 3.—Unos terroristas legales.

MANIFESTANTE 4.—¡Cobardes!

SINDICALISTA.—Abuelo... (Se acerca a él, llorando, pero no llega a tocarle.)

ABUELO.—No me toques.

POLICÍA.—¡Basta de escándalo o me lío a hostias! ¡No se sabe quién ha disparado! (Grita, llorando.)

(El ABUELO le mira con ira, coge una silla y se dirige hacia él con la intención de pegarle con ella. El resto de los congregados le detienen, se la quitan de las manos. El POLICÍA permanece impassible.)

ABUELO.—Cierra la boca, mercenario. No quiero volver a oír tu voz mientras vistas ese uniforme. Reniega de él o vete para siempre de mi vida. (Dice, llorando.) Para mí estás tan muerto como él. (Señala al PERROFLAUTA.)

MANIFESTANTE 1.—¡Mercenario!

(Los manifestantes se mueven lentamente en dirección al POLICÍA, que retrocede hacia la puerta.)

SINDICALISTA.—Tu oficio es matar, hermano. ¿Qué tienes que decir? (Le pregunta al POLICÍA, llorando.)

POLICÍA.—Hay que investigar los hechos... (Titubea.)

SINDICALISTA.—Pero Luis, reacciona, es Antonio, tu hermano pequeño, el que está ahí tirado, muerto. (Dice, llorando.)

(El POLICÍA llora. Se acerca, dando un rodeo, al cuerpo del PERROFLAUTA; se arrodilla y le abraza.)

ABUELO.—¡Déjalo! No le toques con ese uniforme. ¡Quítatelo y entonces serás uno de nosotros! (Grita entre lágrimas.)

MANIFESTANTE 1.—¡Quítatelo!

MANIFESTANTE 2.—¡Quítatelo!

MANIFESTANTE 3.—¡Quítatelo!

MANIFESTANTE 4.—¡Quítatelo o te lo quitaremos nosotros!

POLICÍA.—(Levanta la cabeza y les mira sin comprender, con la cara húmeda de lágrimas.) No te-nía que haber estado en la plaza con esa chusma. Si no hubiera ido todavía estaría vivo. (Dice, llorando.)

MANIFESTANTE 1.—¡Asesino!

MANIFESTANTE 2.—¡Quítate ese uniforme!

MANIFESTANTE 3.—¡Terrorista!

MANIFESTANTE 4.—¡Quítatelo!

(Los manifestantes pegan al POLICÍA e intentan quitarle el uniforme a la fuerza. Se lo rasgan. El POLICÍA se levanta, se separa de ellos como puede y corre hacia la puerta.)

POLICÍA.—¡Vosotros sois los terroristas! Estáis actuando ilegalmente. No respetáis las leyes que gobiernan la sociedad. Habéis obligado a las autoridades a restablecer el orden. (Dice, llorando.)

MANIFESTANTE 1.—¡Asesino!

MANIFESTANTE 2.—¡Quítate el uniforme o vete!

MANIFESTANTE 3.—¡Fuera!

MANIFESTANTE 4.—¡Quítatelo!

(Los manifestantes se abalanzan sobre el POLICÍA y siguen pegándole y rompiéndole la ropa. Él saca la porra y les golpea pero no puede con ellos, entonces saca la pistola y dispara al aire.)

POLICÍA.—¡Perroflautas de mierda! ¿Ahora qué...? Parece que no sois tan valientes. Os podría matar si quisiera y no me pasaría nada. Sois escoria y me habéis atacado. ¿Quién me lo iba a reprochar? (Dice con ira, medio llorando.)

SINDICALISTA.—¡Luis, guarda la pistola! ¡Por favor! ¿No ha habido suficiente sangre? (Dice, en el mismo tono afectado que el POLICÍA.)

POLICÍA.—Me estoy defendiendo. (Responde, llorando.)

ABUELO.—Quieren arrancarte la piel que te cubre para ver qué hay debajo. (Dice, conteniendo el llanto.)

POLICÍA.—¡Cállate, viejo imbécil! Estoy harto de ti. Mira a dónde han llevado a Antonio tus discursos. (Gime.) Tu ideología trasnochada lo ha sentenciado a muerte.

ABUELO.—Necio. Ni ante la sangre de tu propio hermano eres capaz de reaccionar. ¿Qué te han hecho? (Pregunta al POLICÍA sereno.)

(Los manifestantes se mueven hacia el POLICÍA.)

POLICÍA.—¡Quietos! ¡Piojosos! ¡Al que se acerque lo mato! (Grita.)

(Los manifestantes se detienen y retroceden un paso.)

ABUELO.—¡Vete! Déjanos llorar con dignidad.

POLICÍA.—No. A mi hermano lo han matado y alguien tiene que pagar por ello. (Dice con rabia y se limpia los ojos con el dorso de la mano.)

MANIFESTANTE 1.—¡Ha sido la policía!

MANIFESTANTE 2.—¡Cobardes!

MANIFESTANTE 3.—¡No tenéis vergüenza!

MANIFESTANTE 4.—¡Traidores al pueblo!

POLICÍA.—¡Mentira! Seguramente ha sido uno de vosotros. Necesitabais un héroe para seguir revolviendo el país. (Dice crispado y con miedo.)

MANIFESTANTE 1.—Uno de vosotros lo ha matado.

MANIFESTANTE 2.—Mucha gente lo ha visto.

MANIFESTANTE 3.—No lo vais a poder ocultar.

MANIFESTANTE 4.—El pueblo os juzgará.

POLICÍA.—¡Cerrad la boca, cabrones! Si no, os la cierro yo. Cuando estemos en comisaría ya diréis la verdad, por las buenas o por las malas. Os daremos un tratamiento especial. (Dice con un tono de voz duro.)

MANIFESTANTE 1.—¡Fascista!

MANIFESTANTE 2.—¡Torturador!

MANIFESTANTE 3.—¡Nazi!

MANIFESTANTE 4.—¡Vivimos en una sociedad fascista!

POLICÍA.—Te equivocas. Somos un país democrático. Yo represento la ley y vosotros estáis fuera de ella.

MANIFESTANTE 1.—¡Qué leyes!

MANIFESTANTE 2.—¿Las leyes que favorecen la explotación?

MANIFESTANTE 3.—¿Las que humillan al pueblo?

MANIFESTANTE 4.—¿Las que generan miseria? ¿Las que han matado a tu hermano?

POLICÍA.—La ley es la ley y hay que cumplirla. No se pueden hacer excepciones.

ABUELO.—(Levanta las manos y se las enseña al POLICÍA manchadas de sangre.) Tienes razón, hijo. Las leyes están para proteger los derechos de los ricos y de sus amigos... Y también para asesinar con impunidad. (Dice entre lágrimas.)

POLICÍA.—Tu lengua solo escupe veneno. (Llora. Se limpia las lágrimas con el dorso de la mano sin dejar de amenazar al grupo.)

SINDICALISTA.—Guarda el arma, Luis, y cálmate, que nadie quiere hacerte daño. (Dice con voz entrecortada.)

ABUELO.—Vete, Luis. Aquí solo representas más dolor.

MANIFESTANTE 1.—¡Márchate, asesino!

MANIFESTANTE 2.—¡Vete!

MANIFESTANTE 3.—¡Sí, escapa de tu responsabilidad!

MANIFESTANTE 4.—¡Busca un agujero en el que esconderte!

(Los MANIFESTANTES se abalanzan sobre el POLICÍA y el SINDICALISTA se pone delante para defenderle.)

SINDICALISTA.—¡Por favor! Dejad que se vaya.

(Inesperadamente, entran en escena cuatro policías antidisturbios —con cascos y porras— y dos sanitarios vestidos de blanco con una camilla.)

ANTIDISTURBIOS 1.—¿Qué sucede aquí? (Agita amenazadoramente la porra, al igual que el resto de antidisturbios.)

(El POLICÍA guarda la pistola y trata de recomponer el uniforme, lo que es imposible porque está hecho jirones.)

ANTIDISTURBIOS 2.—¿Qué te ha pasado, compañero? ¿Te lo han hecho los perroflautas?

POLICÍA.—Ha sido un accidente.

(Los ANTIDISTURBIOS 3 y 4 golpean con las porras a los cuatro manifestantes y al SINDICALISTA, que corren hacia el extremo del escenario contrario a la puerta.)

ANTIDISTURBIOS 1.—Os gusta que os sacudan, ¿eh?, hijos de perra, basura, rojos de mierda.

(Cuando los ANTIDISTURBIOS 3 y 4 van a golpear al ABUELO, que permanece firme, de pie junto a su nieto muerto, el POLICÍA se pone

delante de él con los brazos abiertos, para protegerle.)

ANTIDISTURBIOS 1.—Ese viejo es tan cabrón como los demás.

POLICÍA.—(Se abalanza sobre el ANTIDISTURBIOS 1.)
¡No le faltes el respeto a mi abuelo! (Grita.)

(Los otros tres antidisturbios le contienen, mantienen al POLICÍA y al ANTIDISTURBIOS 1 separados. Mientras, los manifestantes y el SINDICALISTA permanecen quietos y juntos. Los sanitarios exploran el cuerpo del PERROFLAUTA, ratificando su muerte mientras hacen gestos negativos con la cabeza.)

ANTIDISTURBIOS 1.—¡Basta ya de tanta gilipollez!
¡Detenedlos a todos! Vosotros: llevaos al muerto. (Les ordena a los sanitarios.)

(Los manifestantes y el SINDICALISTA se sientan en el suelo y se agarran los unos a los otros, intentando resistirse a la detención.)

ANTIDISTURBIOS 2.—¿Queréis jugar? (Se ríe.) ¡Vamos chicos, nos toca diversión! (Arenga a sus compañeros.)

(Los cuatro antidisturbios golpean con brutalidad al grupo arracimado en el suelo; se muestran muy divertidos y durante el pogromo les insultan: «Guarros», «Piojosos», «Maricones», etc. Uno a uno van sacando a rastras a los resistentes, atravesando todo el escenario, a lo que estos respon-

den llamándoles fascistas. El ABUELO permanece impassible junto al cuerpo de su nieto. Cuando les han sacado a todos, el ANTIDISTURBIOS 1 se le encara. Los dos se mantienen la mirada. El ANTIDISTURBIOS 3 se acerca al ABUELO para detenerlo.)

ANTIDISTURBIOS 1.—A este déjalo en paz.

(Los antidisturbios se van y los sanitarios levantan el cuerpo del PERROFLAUTA para situarlo en la camilla. El ABUELO le abraza y llora antes de que salgan de escena.)

ABUELO.—¡Adiós, hijo mío! ¡Qué mal final has tenido!
(Llora.)

(En el escenario solo quedan el ABUELO y el POLICÍA que se miran sin hablar. Pasan unos segundos y el POLICÍA se limpia las manos manchadas de sangre en el uniforme, agacha la cabeza y se va llorando. El ABUELO permanece estático unos segundos, con la mirada perdida. Se acerca a la mancha de sangre que ha quedado en el suelo, se agacha y la toca con los dedos. Se ensimisma durante unos segundos más y se levanta, limpiándose las manos con un pañuelo. A continuación, con pasos cansados, se dirige hacia el aparador y pone la radio, que en ese momento emite noticias.)

RADIO.—Noticia de última hora. Según informa la agencia Tres, a las 20 horas de hoy se ha ejecutado por orden gubernativa el desalojo de los acampados en la

plaza de la República. En los violentos enfrentamientos entre policías y manifestantes se han producido numerosos heridos, en su mayoría policías. Aún no se han ofrecido cifras oficiales. Según dicha agencia, un manifestante ha resultado muerto por herida de bala. El Ministerio del Interior ha abierto una investigación para aclarar los hechos. Fuentes de dicho ministerio han declarado que existen indicios de que los disparos han sido obra de anarquistas antiglobalización. Algunos testigos presenciales han mencionado la existencia de media docena de heridos por arma de fuego. Esta información no ha sido confirmada. Deportes...

(El ABUELO apaga la radio. Se sienta a la mesa, se coge la cabeza con las manos, apoya los codos en ella, y rompe a llorar. Pasan unos segundos. El telón va bajando lentamente.)

TELÓN

ACTO CUARTO
(Alternativo)

Mismo escenario que en los actos anteriores. No hay música.

(Al aclararse las luces vemos al ABUELO, al POLICÍA y al SINDICALISTA sentados a la mesa, en silencio. De la calle llegan gritos, insultos, consignas, se oyen disparos —botes de humo y pelotas de goma— y sonidos de sirena de los coches de la policía y de las ambulancias.)

POLICÍA.—Ya la han liado los perroflautas. Sabía que esto iba a pasar. La delegada del Gobierno ha tenido mucha paciencia con ellos. Es inaceptable convertir las plazas en acampadas. Eso no es cívico. (Se levanta, abre la ventana y se asoma. El ruido de la calle se recrucece.)

(El ABUELO y el SINDICALISTA se miran serios pero no hablan. Durante unos segundos, ninguno de los tres hace comentario alguno.)

POLICÍA.—¡Miradles! Son idiotas. Se quedan sentados en el suelo con las manos en alto, como si ese gesto les fuera a librar de los golpes. Vaya generación de subnormales.

(El SINDICALISTA se acerca a la ventana.)

SINDICALISTA.—¡Qué bestias! ¡Cabrones! Hay que tener malas entrañas para actuar así. (Grita.) No se puede tratar así a la gente.

POLICÍA.—Cumplen con su deber. Están limpiando la calle.

SINDICALISTA.—¡No me digas! ¿Apalea a personas indefensas es cumplir con el deber?

POLICÍA.—Hacen lo que les mandan. Para eso les han entrenado.

SINDICALISTA.—Dirás, mejor, para lo que os han entrenado.

POLICÍA.—Yo nunca he pegado ni maltratado a nadie.

SINDICALISTA.—¿Me lo tengo que creer?

POLICÍA.—Te doy mi palabra de honor.

SINDICALISTA.—No lo entiendo... Entonces, ¿qué haces vistiendo ese uniforme?

POLICÍA.—Hago lo que sé.

SINDICALISTA.—Vamos, hermano. Vales para mucho más.

POLICÍA.—No me vengas con adulaciones ahora; si valiera para otra cosa ya lo hubiera hecho.

SINDICALISTA.—Todavía eres capaz de pensar por ti mismo; aún hay esperanza.

POLICÍA.—Pasa de mí.

SINDICALISTA.—Lo que tú quieras.

(Se recrudecen los estampidos, las voces y las sirenas.)

POLICÍA.—¿Pero por qué no corren? ¡Que se vayan; ¡Los van a moler a palos; ¡Parecen idiotizados!

SINDICALISTA.—¿Por qué se tienen que ir? Hay derechos reconocidos por la Constitución, como la libertad de expresión, de reunión y de manifestación.

POLICÍA.—También tú, como el abuelo, quieres mucho a esa chusma, ¿verdad? Puedes unirte a ellos si así lo quieres. Aunque cuando se enteren de lo que eres no sé cómo se lo van a tomar.

SINDICALISTA.—Lo que yo sea no viene a cuento. ¿Es que no puedes entender que luchan por lo que creen, por un ideal? Así avanzan las sociedades.

POLICÍA.—No me hables tú, precisamente, de ideales.

SINDICALISTA.—Tú y yo tal vez estemos colaborando con los poderosos de una manera o de otra, pero ellos no.

(El ABUELO se levanta de su silla y se acerca a la ventana.)

POLICÍA.—Eres desconcertante. Hace un momento estabas harto del discurso extremista del abuelo y ahora te vuelves rojo de repente.

SINDICALISTA.—Creo que perseguir una revolución es una batalla perdida porque el problema del ser humano es el propio ser humano. Tú y yo somos un buen ejemplo. Pero les admiro secretamente porque se atreven a hacer lo que yo no hago y me gustaría hacer.

POLICÍA.—Eres un demagogo. A mí no me engañas. En cuanto estuvieras entre ellos intentarías manipularles.

ABUELO.—¡Es terrible! ¡Cuánta arbitrariedad! (Guarda silencio unos segundos y se dirige al POLICÍA.) ¿Tú eres capaz de comportarte así, como un matón sin escrúpulos?

POLICÍA.—Ya te he dicho que nunca he pegado a nadie.

SINDICALISTA.—¡Asesinos! ¡Nazis!

POLICÍA.—¡Cállate!, no te vayan a oír.

SINDICALISTA.—¡Hijos de perra!

POLICÍA.—¡Deja de decir estupideces! No te comportes como una niña histérica.

SINDICALISTA.—¿Tienes miedo a tus compañeros o los estás defendiendo?

POLICÍA.—Yo defendiendo la ley.

SINDICALISTA.—Ya.

POLICÍA.—No se cambia nada con una tienda de campaña.

SINDICALISTA.—¿Cómo lo pueden hacer entonces?

POLICÍA.—No lo sé. Supongo que habría que hacer leyes nuevas o quitar las que no sirven.

SINDICALISTA.—¿Quién va a cambiarlas? ¿El propio Estado se va a ahogar con leyes que limiten su poder?

POLICÍA.—Pues que hagan un partido político y que les vote la gente. En cualquier caso, una minoría no puede estar jodiendo al país.

SINDICALISTA.—¿Sabes que en las movilizaciones que han convocado han participado alrededor de seis millones de personas?

POLICÍA.—Eso es pura propaganda, no se lo cree nadie.

SINDICALISTA.—Infórmate, por favor. Contrasta las consignas de los descerebrados que te dan las órdenes.

POLICÍA.—No me contamines con tu mierda. (Dice, furioso.)

SINDICALISTA.—¿Nos matarías al abuelo y a mí, o al niño, si te lo mandaran?

POLICÍA.—Esa pregunta es absurda. Nadie me va a ordenar que mate.

ABUELO.—Eso que niegas como posible ya ha ocurrido en España, en 1933. El gobierno republicano mandó a los guardias de asalto y a la guardia civil a realizar ejecuciones sumarias, en Casas Viejas, un mísero pueblo andaluz en el que la gente se moría de hambre. Esos asesinatos se hicieron en nombre de la democracia.

POLICÍA.—Me cuentas una historia que, de ser cierta, es antigua. Hoy en día se actúa de manera diferente.

SINDICALISTA.—¿Y si no fuéramos nosotros a los que hay que ajusticiar, si fueran desconocidos? ¿Les matarías si te lo ordenaran?

POLICÍA.—¡No me han entrenado para matar! (Grita.)

SINDICALISTA.—¿Cómo puedes permanecer impasible; ¿No ves lo que están haciendo tus compañeros?

POLICÍA.—Qué se vayan de la plaza los perroflautas y se acabó el problema.

SINDICALISTA.—¡Esto es una dictadura!

ABUELO.—¡Mirad! ¡Es el niño! ¡Es Antonio! (Grita, asustado, el ABUELO.)

POLICÍA.—¿Dónde?

ABUELO.—¡Allí! Al lado de la fuente.

SINDICALISTA.—Pero, ¿qué hace en medio de la plaza con el carro de la compra?

ABUELO.—Hoy tenía que traer comida después de salir de trabajar; tenemos la nevera vacía.

SINDICALISTA.—Si no lo veo, no lo creo. ¿Se va a una manifestación con la compra? ¿Para que lo apaleen mejor?

ABUELO.—Habría ido a ver a sus compañeros acampados.

POLICÍA.—Este niño es idiota de remate. No tiene solución.

SINDICALISTA.—¡Le están pegando! ¡Le tiran la compra al suelo y se la pisotean! ¡Cabrones! ¡Hijos de perra! ¡Cobardes! (Grita.)

POLICÍA.—¡Calla de una maldita vez!

ABUELO.—¡Pobre hijo mío! (Gime el ABUELO, asustado.)

POLICÍA.—Voy a bajar a buscarle ahora mismo. (Sale corriendo.)

SINDICALISTA.—Te acompaño. (También sale corriendo.)

(El ABUELO se queda solo, mirando por la ventana, mientras se siguen oyendo estampidos, gritos y consignas. Está nervioso. Abandona la ventana y camina por el comedor, maldiciendo entre dientes. Se sirve vino y se lo bebe de un trago.)

ABUELO.—¡Perra vida! Siempre igual. La Historia es una pesadilla que nada parece poder contener. Cualquier progreso social, por pequeño que sea, tiene que ser conquistado con sangre y fuego. A veces pienso que no hay despertar posible y estaríamos mejor todos muertos.

(El ABUELO vuelve a la ventana y se queda mirando, a través de ella, hasta que regresan el SINDICALISTA, el POLICÍA y el PERROFLAUTA. Los dos hermanos mayores traen al pequeño en volandas, algo magullado pero en buen estado. También traen el carro de la compra, aunque sin compra y destrozado.)

ABUELO.—¡Antonio! ¿Qué te han hecho? (Corre hacia él y lo abraza.)

PERROFLAUTA.—Estoy bien, abuelo. No me ha pasado nada. (Se sienta.)

ABUELO.—Tendrías que ir a que te viera un médico.

SINDICALISTA.—Sí. Podemos llevarlo al hospital ahora mismo, en mi coche.

PERROFLAUTA.—No hace falta, estoy bien.

ABUELO.—Pero puedes tener algo roto.

POLICÍA.—Ha recibido algunos golpes, aunque sin importancia.

PERROFLAUTA.—Tus amigos me han apaleado.

POLICÍA.—No haber estado ahí.

PERROFLAUTA.—Si ellos no hubieran aparecido no habría pasado nada. Ellos representan la violencia, no nosotros.

POLICÍA.—Todo lo que hacéis es pura ilegalidad. Os pasáis las leyes por donde os da la gana y obligáis a las autoridades a actuar.

PERROFLAUTA.—Qué vas a decir tú. Es tu salario lo que está en juego.

POLICÍA.—No pienso entrar en más discusiones sobre el tema, ni contigo ni con nadie. Solo añado que interrumpíais el paso con vuestros tenderetes de mierda y perjudicabais a los comerciantes de la zona.

(Los otros tres se miran asombrados y se echan a reír.)

SINDICALISTA.—¡Qué sandeces dices! Te has superado a ti mismo. Te han lavado bien el cerebro.

POLICÍA.—La ley hay que cumplirla y no se pueden hacer excepciones.

ABUELO.—Tienes razón, hijo. Las leyes están para proteger los derechos de los ricos y sus amigos. (Dice con ironía y se sienta.)

POLICÍA.—Abuelo, no empieces con tu rollo anarquista.

ABUELO.—No quieres escucharme. No crees mis palabras, que solo buscan la honestidad y la dignidad y, sin embargo, sí que escuchas con sumisión las voces de aquellos que provocan el hambre y las penalidades de millones de personas.

POLICÍA.—Vaya. ¡Qué importante soy!

ABUELO.—Lo eres como ser humano, pero aún más por lo que haces.

POLICÍA.—¡Déjame en paz! (Se sienta.)

ABUELO.—Muy bien, te dejo en paz...

SINDICALISTA.—¡A lo mejor están esperando que bajes a echarles una mano! (Se sienta.)

PERROFLAUTA.—Todo ser humano tiene derechos inalienables y su obligación moral es luchar por ellos. ¿Es propio de un Estado que se dice democrático volcar un carro lleno de comida, esparcir el contenido y destrozarlo, por el simple afán de hacer daño? (El POLICÍA guarda silencio; todos lo hacen.) ¿Y sabes una cosa, hermano...? Mientras lo hacían se reían de mí y de lo que estaban haciendo; les resultaba divertido.

POLICÍA.—¡Eso son imaginaciones tuyas! ¡Eres un colgado! (Grita.)

PERROFLAUTA.—¿Crees que es mentira lo que digo? ¿Vale más la palabra de uno de ellos que la de tu propio hermano? (El POLICÍA no responde.)

SINDICALISTA.—¿No puedes aceptar que el cuerpo al que perteneces está compuesto por sociópatas? Alguien que obedece órdenes sin rechistar es peligroso y de él se puede esperar cualquier cosa.

POLICÍA.—Por favor, Roberto, que tu sindicato hasta no hace mucho tiempo estaba lleno de estalinistas obedientes.

SINDICALISTA.—En el sindicato hay socialistas y comunistas, pero democráticos.

POLICÍA.—Eso es hoy, pero ya tenéis una edad y sabemos bien de qué vais.

SINDICALISTA.—Somos humanos y se han cometido errores en nombre de altos ideales.

POLICÍA.—Que han costado muchos muertos.

SINDICALISTA.—Eso no viene al caso.

POLICÍA.—¿Cómo que no?

PERROFLAUTA.—Estamos hablando de lo que estáis haciendo vosotros en este momento.

POLICÍA.—Tus amigos de acampada han incumplido la ley. (Le dice al PERROFLAUTA.)

PERROFLAUTA.—De acuerdo, Luis. Hemos incumplido la ley y hemos recibido nuestro justo castigo. ¿No es así?

POLICÍA.—La democracia tiene reglas y si alguien se las salta, la policía tiene que corregir la situación.

PERROFLAUTA.—Ya... Las reglas de los banqueros y las multinacionales.

POLICÍA.—¡Imbécil! Eres un niño mimado que te crees alguien porque has estudiado una carrera universitaria. Mírate, eres poco más que un golfo callejero.

SINDICALISTA.—¡Deja al chico! Tú sí que eres un imbécil. No, algo peor: eres un sicario a sueldo.

POLICÍA.—¡Retira esas palabras o te parto la cara, rojo de mierda!

ABUELO.—¡Basta! (Grita el ABUELO. Todos se quedan quietos, mirándole.) Compartamos ideas y si estas son incompatibles, cada uno por su lado. ¿De acuerdo? (Los tres hermanos asienten con la cabeza.) Lo que está sucediendo abajo, en la calle, se llama represión, cruda y dura. Siempre es odiosa cuando la ejerce una tiranía, pero en este caso lo es más porque se hace en nombre de la democracia. Qué bien suena la palabra: ¡Democracia! El problema es que solo es eso, una palabra, un ropaje vistoso bajo el que se oculta la dictadura del capital.

POLICÍA.—Pero abuelo...

ABUELO.—¡Déjame terminar!

SINDICALISTA.—No te pases, abuelo. No seas tremendista.

(El ABUELO se pone de pie, da un golpe violento en la mesa y tira su silla al suelo. El PERROFLAUTA se levanta, la coloca y vuelve a sentarse. El ABUELO se sienta también.)

ABUELO.—¡Respetad mi palabra! Vosotros dos sois culpables de alta traición al pueblo.

(El POLICÍA y el SINDICALISTA se levantan airados.)

POLICÍA.—Tu discurso está desfasado. Defiendes un mundo que ni existe ni va a existir nunca. El dinero hace girar el planeta, es su auténtico eje de rotación.

SINDICALISTA.—Parece que no te enteras de nada, abuelo. Volvemos a repetir los mismos argumentos que hace un rato. Yo defiendo la justicia pero no comparto tus alegatos incendiarios, en los que crees con una fe fanática.

ABUELO.—Yo creo en la razón y la razón me dice que para que la Humanidad consiga la felicidad es necesario cambiar los criterios autoritarios y de explotación que rigen la Historia.

POLICÍA.—Eres increíble...

SINDICALISTA.—¡Abuelo! El dinero todo lo mueve y todo lo compra.

ABUELO.—Eso es una falsedad. El mundo sobrevive gracias al trabajo, a la fuerza de trabajo que los traba-

jadores venden a diario al mejor postor. Ellos generan la riqueza que una minoría roba.

SINDICALISTA.—Es verdad. El trabajo es el motor de la Historia y los sindicatos la fuerza que permite progresar a la clase obrera.

ABUELO.—Pero Roberto, si tú eres peor que este. (Le dice al SINDICALISTA refiriéndose al POLICÍA.) Él por lo menos dice lo que siente. Tú encima me quieres convencer de las bondades de vuestra labor rastrera.

SINDICALISTA.—No he venido aquí para que tú ni nadie me insulte. Me voy. (Se dirige hacia la puerta pero se detiene y se vuelve hacia ellos.) ¿Y él? (Señala al PERROFLAUTA.) ¿Qué papel tiene él en todo esto?

(El PERROFLAUTA le mira fijamente, pero no contesta.)

ABUELO.—Él representa una nueva fuerza que nos empuja hacia un horizonte que habíamos olvidado.

SINDICALISTA.—¿Él?

POLICÍA.—¿Antonio y sus amigos son el futuro?

ABUELO.—¿Por qué no?

SINDICALISTA.—¿Qué tiene él que ofrecer?

POLICÍA.—Sí, eso. ¿Qué puede aportar él?

ABUELO.—No lo sé, pero sí sé lo que vais a aportar vosotros. De vosotros no espero nada, al menos bueno.

POLICÍA.—Desvarías, abuelo. Un vago, que se pasa la vida en la calle, acompañado de un perro y tocando una flauta, ¿representa el futuro? ¿Él va a cambiar el mundo?

(El ABUELO no responde y pone la mano en el hombro del PERROFLAUTA. Luego mira a los otros dos, desafiante.)

ABUELO.—Él y sus compañeros son la imaginación, la ilusión, el sueño dulce de la utopía. Sin embargo, vosotros formáis parte del pozo negro de la Historia. No tengo nada más que decir.

(El SINDICALISTA no responde, se va maldiciendo. El POLICÍA se queda pensativo unos segundos, se dirige hacia la puerta y se detiene.)

POLICÍA.—Adiós, abuelo. Antonio; ten cuidado.

ABUELO.—Adiós, hijo. Ten cuidado tú también.

(El POLICÍA se va. El ABUELO y el PERROFLAUTA se quedan callados. Todavía se oyen voces en la calle y el sonido de sirenas, pero no hay explosiones ni disparos. Poco a poco la calle se va tranquilizando. Entre tanto, el ABUELO se levanta, va a la cocina, coge un poco de queso, pan y fruta y los lleva a la mesa. Se sienta y los dos cenan en silencio.)

ABUELO.—¿De verdad te encuentras bien? ¿No te duele nada?

PERROFLAUTA.—No te preocupes, abuelo. No me duele el maltrato de la policía. Lo que más daño me hace es la obcecación de mis hermanos, cada uno en su estilo.

ABUELO.—Su cerrazón es la de la mayoría de los ciudadanos.

PERROFLAUTA.—No tenemos brazos suficientes para derribar este muro.

ABUELO.—Los poderosos y los cobardes dicen que siempre ha habido clases y que siempre las habrá, es decir, que nada puede cambiar. Yo digo que siempre ha habido rebeliones y revoluciones y que siempre las habrá, al menos mientras haya personas explotadas y humilladas que desean ser libres. Que tiemblen los profetas de la eterna esclavitud porque tal vez la próxima revolución sea la definitiva y acabe, como una gran lengua de fuego, con toda la basura que envilece la vida. Después, construiremos una sociedad igualitaria en la que todos reciban, según sus necesidades. Se acabará el hambre. No habrá pobres ni ricos. Las guerras desaparecerán de la faz de la tierra. No serán necesarios los ejércitos porque las únicas armas que se emplearán serán las de la cooperación y la solidaridad. Cuando no exista la propiedad privada no será necesaria la policía. La única coacción que se ejercerá sobre el individuo será la moral, fundamentada en el bienestar de la comunidad.

PERROFLAUTA.—¡Ojalá lo veamos!

ABUELO.—¿Sabes lo que le dijo mi padre a un compañero en una ocasión, hablando de las luchas obreras?

PERROFLAUTA.—No, abuelo.

ABUELO.—¡Ojalá lo veamos!

PERROFLAUTA.—Entiendo.

ABUELO.—No pienses que soy pesimista a pesar de mis casi 90 años, al contrario. Creo que la evolución de la sociedad hacia el imperio de la razón es un proceso inevitable. O se logra esa meta o nos autodestruiremos como civilización. El sistema capitalista no puede seguir gestionando la vida humana porque acabará devorándose a sí mismo. Desconocemos cómo va a ser el futuro pero la obligación de las personas conscientes de sus derechos y de la necesidad de nuevos horizontes de justicia es ejercer resistencia, cada una a su estilo, en la medida de sus posibilidades. Hay que asumir la lucha como una fiesta continua, la fiesta de la libertad. Al final, la suma de voluntades tendrá su premio y llegará el momento de aplicar la justicia revolucionaria. Mi lema es: ni olvido ni perdón. Deben pagar todo el dolor que han causado y están causando.

(El PERROFLAUTA se levanta de la silla y abraza al ABUELO.)

PERROFLAUTA.—Te quiero, abuelo.

ABUELO.— Y yo a ti, hijo.

PERROFLAUTA.—Traía flanes pero ya ves, ha habido tumulto callejero.

(Se ríen los dos.)

ABUELO.—Da igual. Tenemos fruta. De todas formas ya sabes que no soy muy de postres. (Bebe un sorbo de vino.)

PERROFLAUTA.—Con el vino tienes suficiente. Te lo voy a racionar.

ABUELO.—¿Temes que me ahogue?

(Se ríen los dos.)

PERROFLAUTA.—Tú eres capaz.

ABUELO.—Sé nadar.

PERROFLAUTA.—No quiero que te pongas malo.

ABUELO.—Todavía estoy fuerte aunque no sé qué va a ser de mí cuando llegue a viejo.

PERROFLAUTA.—¡Pero si tienes casi 90 años!

ABUELO.—¡Y qué!

PERROFLAUTA.—¿Cuánto piensas vivir?

ABUELO.—No lo sé. Mi médico dice que aparento diez años menos. Trataré de disfrutar hasta el final.

PERROFLAUTA.—Haz lo que te apetezca. Ya eres lo suficientemente mayor como para saber lo que te conviene.

ABUELO.—A tu salud. (Acaba el vaso de un trago.)

PERROFLAUTA.—A la tuya. (Acaba su vaso también.)

ABUELO.—Si tu padre y tu madre vivieran estarían contigo, en la calle.

PERROFLAUTA.—Eso habría sido hermoso: tres generaciones juntas, acampadas. Todo un símbolo.

ABUELO.—Qué diferente hubiera sido la vida con ellos. (Se emociona.)

(El PERROFLAUTA le aprieta la mano.)

PERROFLAUTA.—Venga, abuelo. Eso ya pasó.

(El PERROFLAUTA recoge los restos de la cena. El ABUELO se suena con un pañuelo y se limpia los ojos. Se echa agua de la jarra y coge el periódico. El PERROFLAUTA deja los platos en la pila y abre un armario, saca varias botellas vacías y las coloca sobre la alacena. Saca también una garrafa que contiene un líquido y un embudo y empieza a llenar las botellas. El ABUELO le mira.)

ABUELO.—¿Qué haces?

PERROFLAUTA.—Me entretengo.

(El ABUELO se levanta y se acerca a ver lo que hace su nieto.)

ABUELO.—Eso que echas en las botellas es gasolina, ¿no?

PERROFLAUTA.—Sí, abuelo.

(El PERROFLAUTA termina de llenar las botellas, a las que introduce un trapo en su boquilla antes de meterlas en su mochila. Carga con ella, deja la flauta sobre la alacena y se despide del ABUELO con un beso.)

ABUELO.—¿Ya te vas?

PERROFLAUTA.—Sí, abuelo. Acuéstate pronto. No te quedes hasta las tres de la madrugada leyendo, como haces siempre. Luego te pasas el día adormilado.

ABUELO.—Me cuesta mucho dormir, hijo. Si no tomo pastillas no logro conciliar bien el sueño. Algo tengo que hacer.

PERROFLAUTA.—Tú acuéstate y así descansas.

(Camina despacio hacia la puerta.)

ABUELO.—Me da la impresión que hoy no vas a tocar la flauta, ¿verdad?

PERROFLAUTA.—No, abuelo. Ha pasado el tiempo de tocar la flauta. Hoy voy a tocar los cojones.

(El PERROFLAUTA sale y el ABUELO asiente, ensimismado, mirando hacia la puerta. Con pasos cansados se acerca a la ventana y mira a la calle. Luego se dirige al aparador e introduce una cinta en el aparato de música. Empieza a sonar «Hijos del pueblo». Canturrea a media voz la letra de la canción. Se sienta a la mesa, se sirve un poco de vino, aunque no bebe, coge el periódico, lo abre y se pone a leerlo.)

TELÓN